

II.

La lógia.

En el mismo edificio á que pertenece el aposento donde hemos dejado á Mauricio, y en otra sala no ménos singular que la primera, pasaban cosas extrañas miéntras nuestro héroe se entregaba á sus reflexiones y daba su valiente y franca respuesta á las preguntas y á las sentencias sujetas á su deliberacion.

A riesgo de que nuestros lectores crean que nos divertimos con ellos y que los estamos conduciendo de departamento en departamento, á todos los de una casa de locos arreglada á nuestro capricho, tenemos que introducirlos, para la inteligencia de nuestra narracion, á la sala de que venimos hablando.

Mas grande, pero de igual forma que la que acabamos de visitar, está adornada de una manera ménos triste, pero igualmente extraña. Al frente hay un estrado mas alto que el pavimento de la pieza, rodeado de una balaustrada de bronce, y al que se sube por una gradería de tres escalones; en el centro hay un segundo estrado á que dan ascenso cuatro gradas, y en el cual se halla una mesa que contiene objetos diversos, tales como un ejemplar de la Biblia, un compás, una escuadra, una espada flamígera, es decir, con la hoja formando ondulaciones,

y un mazo. Esa mesa está delante de un sillón colocado bajo un dosel de color azul celeste sembrado de estrellas de plata. En el fondo del dosel, y en su parte superior, se ostenta un triángulo resplandeciente, en cuyo centro está escrita con caracteres hebreos la palabra *Jehovah*. A la izquierda está el disco del sol, y á la derecha el cuarto creciente de la luna. Frente á este sitio y á los dos lados de la puerta principal, hay dos columnas de bronce con los capiteles coronados de granadas entreabiertas. En la columna del lado izquierdo está grabada la letra B, y en la del lado derecho la letra J. Delante de cada una de estas dos columnas hay una mesa de forma triangular, llena de objetos raros.

A cada uno de los dos lados que nos falta examinar hay cinco columnas semejantes á las dos que acabamos de describir, y el arquivado que descansa sobre ellas está adornado con un cordón que forma doce nudos y remata por cada uno de sus extremos en una gran borla que cae de un lado en la columna que tiene grabada la letra J, y del otro en la que ostenta la letra B. Las diez columnas de los lados no tienen letras, y entre ellas hay algunas hileras de bancas en las que están sentados algunos hombres que llevan todos bandas semejantes á la del que prendió en su espada los papeles de Mauricio, aunque rematando en diferentes figuras.

El techo de la pieza en que acabamos de introducir á nuestros lectores es abovedado y de color azul celeste, con estrellas de plata. Tres grandes candeleros con larguísimas velas, y colocados de manera que forman un triángulo, alumbran las escenas que vamos á referir.

Uno de aquellos hombres se dirigió á la mesa del estrado, y tomando el mazo dió con él repetidos golpes. Hubo un movimiento en la concurrencia y un cambio general de asientos. Uno de los asistentes cerró la puerta.

El hombre del estrado tomó con la mano izquierda la espa-

da, apoyando el puño sobre la mesa, y dió un golpe con el mazo, al que contestaron otros dos golpes dados igualmente con mazos por dos hombres que se habian colocado delante de las mesas triangulares contiguas á las columnas de la entrada, y dirigiéndose á uno de éstos, dijo:

—Hermano primer celador, ¿cuál es el primer deber de un celador en lógia?

—Asegurarse de si la lógia está retejada—contestó el interpelado, y dirigiéndose á otro de los concurrentes le dijo algunas palabras en voz baja; este salió, volviendo á entrar á poco y habló con el mismo misterio al hermano primer celador, que agregó:

—Venerable, la lógia está retejada.

El hombre á quien el primer celador llamaba venerable, y que no era otro que el del estrado, continuó:

—¿Cuál es el segundo deber?

—Asegurarse de que todos los asistentes son masones.

—Hermanos primero y segundo celadores, dijo el venerable, recorred el Norte y el Mediodia y haced vuestro deber. Levantaos y ejecutad la orden, hermanos míos.

Todos los hermanos se levantaron de sus puestos y se colocaron en una postura singular, con el rostro vuelto hácia el estrado. Los hombres de las mesas triangulares dejaron sus puestos y examinaron, cada uno del lado que le correspondia, á todos y á cada uno de los asistentes, que al acercarse el hermano celador, hicieron con la mano un signo particular.

El primer celador indicó al venerable que eran hermanos cuantos allí estaban, y este, dirigiéndose al segundo celador dijo:

—¿Por qué, hermano segundo celador os colocais al Sur?

—Para observar mejor el sol en su meridiano, para enviar á los obreros del trabajo al descanso, y para llamarlos del recreo

al trabajo, á fin de que el maestro reciba por ello honor y satisfaccion.

—¿Dónde se coloca el hermano primer celador?

—Al Oeste.

—¿Por qué, hermano primer celador?

—Porque como el sol se oculta hácia al Oeste al concluir el dia, así el primer celador se coloca en él para cerrar la lógia, pagar á los obreros y dejarlos ir contentos y satisfechos.

—¿Por qué el venerable se coloca en el Este?

—Porque así como el sol sale por el Este al abrir el dia, de la misma manera el venerable se coloca en él para abrir la lógia, dirigirla en sus trabajos é iluminarla con sus luces.

—¿A qué hora acostumbran abrir sus trabajos los masones?

—A las doce, venerable.

—¿Qué hora es, hermano segundo celador?

—Venerable, las doce.

—Pues que son las doce y á esta hora debemos abrir nuestros trabajos, atended, hermanos míos, y prestadme vuestra ayuda.

Al concluir estas palabras, el venerable dió con el mazo tres golpes que fueron repetidos por los celadores, y volviéndose hácia el hermano que tenia á la derecha, le dijo una palabra al oido. Este fué á repetirla al primer celador con igual misterio y el primer celador la repitió á otro hermano que fué á repetirla á su vez al segundo celador.

—Venerable, todo es justo y perfecto,—dijo este hermano.

—Pues que es así, en nombre del Grande Arquitecto del Universo declaro abierta esta lógia. A mí, hermanos míos.

Todos los hermanos se levantaron, y con la vista fija en el venerable hicieron á su ejemplo un signo y se dieron unos á otros la mano, exclamando en coro:

—¡Houzzel!

—Están abiertos los trabajos, dijo el venerable. A su puesto, hermanos míos.

No abusaremos por hoy de la paciencia de nuestros lectores haciéndolos asistir á los trabajos de la lógia, que se redujeron á la lectura del acta de la sesion anterior, á cuyo documento llaman los masones *plancha trazada en los últimos trabajos*, la cual se aprobó por los concurrentes levantando las dos manos y dejándolas caer con ruido sobre el mandil, y á tratar de algunos asuntos ajenos á nuestra historia.

Concluidos los *trabajos*, el venerable mandó al *hermano terrible* fuese por las respuestas y por el testamento de Mauricio, y ya hemos visto como cumplió su cometido.

El venerable dió cuenta á la lógia de ambos documentos, y se decidió la recepcion de Mauricio, saliendo en su busca el hermano terrible.